

## Entrevista a Manuel Mujica Láinez\*

Reina Roffé

*–En la Argentina, usted es más conocido por su apodo «Manucho» que por su nombre.*

*–Cierto, se ha popularizado Manucho, apodo que surgió de un círculo de amigos íntimos.*

*–Manucho es un personaje social provocador, usa chalecos vistosos y monóculos, además le encanta actuar.*

*–Sí, en el gran teatro de la vida. Ese teatro tiene un lado atractivo, vistoso, como usted dice refiriéndose a mis chalecos, que me divierte y también divierte a los demás.*

*–¿No le da miedo que el glamuroso Manucho eclipse al Mujica Láinez escritor?*

*–No, para eso están mis libros. Cuando escribo, Manucho queda de lado.*

*–Hace unos meses, Bioy Casares me dijo que empezó a escribir muy pronto, cuando era un niño, para despertar la admiración de sus primas y conquistar a una de ellas. ¿Cómo fue en su caso?*

*–En mi caso también existió, dentro del grupo familiar, alguien que tuvo mucho que ver con mi iniciación literaria. Esa persona fue mi madre, aunque mi vocación viene de más lejos, porque en mi familia hay toda una tradición literaria.*

\* La presente entrevista tuvo lugar en el mes de octubre de 1977 en la casa que el escritor tenía en Buenos Aires, en el barrio de Belgrano. Parte de ella salió publicada en la revista Siete Días (Buenos Aires, 27-10-1977) con el título «La historia que nadie conoce de Manucho Mujica Láinez».

—¿Como era Lucía Láinez Varela, su madre?

—Mi mamá era una mujer bonita; pero más que bonita, tenía mucho encanto. Yo siempre le decía, por las fotos de cuando era muy joven, que se parecía a la protagonista de una novela rusa. Usaba el pelo con raya al medio como las bailarinas, y unas blusas con mangas anchas y faldas tableadas. Su encanto consistía, además, en que sabía narrar, contar historias con mucha imaginación. Murió hace dos años, a los 91; y lo sorprendente fue que, mientras las viejitas se mueven entre recuerdos y repiten siempre lo mismo, ella continuaba inventando historias. Hablaba siempre en imágenes, decía «es como tal cosa, se parece a tal otra». Pertenecía a una familia que, por el lado de Cané —mi abuelo Láinez era primo hermano de Miguel Cané padre, el escritor romántico—, son muy imaginativos, y por el lado de los Varela, frondosos, gente de estudio. Todo eso entró en mi sangre a través de mamá. En verdad, fueron esas mujeres las que me formaron.

—¿Esas mujeres, quiénes?

—Mis tías, sobre todo tres de ellas; las otras murieron cuando yo era muy chico. Y mi abuela, que fue una mujer espectacular, sensacional. Traté de hacer un retrato de ella en mi novela *Bomarzo*; en la novela aparece como Diana Orsini, la abuela del Duque de Bomarzo, Pier Francesco, que es el protagonista. Mi abuela era una mujer que imponía distancia y, al mismo tiempo, acercaba, nucleaba a los demás. Sabía manejar esos dos elementos.

—*Circulan muchas anécdotas sobre su abuela.*

—Sí, y le voy a contar una que a mí me hace mucha gracia. Sucedió allá por 1900. Mi abuela viajaba en tren, frente a ella había un hombre. El señor le preguntó si le incomodaba que fumara y ella le respondió: «No lo sé, porque delante de mí no han fumado nunca». Este tipo de cosas eran muy de ella, tenía una gran ironía.

—¿También vestía de un modo particular?

—Dentro de la casa andaba totalmente vestida de blanco. Usaba encajes en la cabeza y zapatos blancos. Había sido espléndida, mucho más linda que mi madre. Todos los hombres de su época han hablado de ella, Lucio Mansilla y muchos otros. Era una especie de reina. Manejaba el abanico con estilo. Señalaba cada frase con un golpe de abanico.

–*En su novela Los viajeros hay un personaje que se viste de blanco.*

–Posiblemente lo habré tomado de mi abuela, una señora muy culta para su época. ¿Qué mujer de entonces hablaba inglés y francés con tanta perfección?

–*¿Su abuela materna, Justa Varela de Láinez, estaba emparentada directamente con los prohombres del 80?*

–En efecto.

–*¿Y sus abuelos, Mujica y Covarrubias y Bernabé Láinez Cané, qué le transmitieron?*

–Mi abuelo paterno me transmitió el sentimiento de lo criollo, el amor que siento por esta tierra en la que nací. Y el abuelo materno, la pasión por el arte y la literatura.

–*¿Su madre escribía?*

–Sí, teatro. Me acuerdo de ella leyendo escenas, no tengo muy claro a quién, pero puede ser que fuera, entre otros, a Gregorio de Laferrère; eran muy amigos. Cuando yo tenía seis o siete años, espiaba a mamá y siempre la veía leyendo sus fragmentos teatrales.

–*¿Cuándo mostró por primera vez sus escritos y a quién?*

–Tenía poco menos de seis años cuando escribí una pieza de teatro, a imitación, precisamente, de mi madre. Eso se sabe porque vivíamos en una casa en la calle Maipú que se vendió en el momento en que yo estaba por los seis años de edad. Esas fueron las cuatro o cinco páginas más que mi madre leyó por primera vez. Siempre me estimuló.

–*¿Y su padre Manuel Mujica Farías?*

–Papá era muy divertido pero, claro, tenía la seriedad propia de todo abogado. Estaba mucho fuera de casa, era lo que se llama un *clubman*, vivía prácticamente en el Círculo de Armas. Tenía sus roperos allá, ni siquiera se vestía en casa. Por supuesto, quería que yo fuera abogado como él. Y estudié abogacía por darle el gusto, pero a los dos años de iniciar los estudios

ya no podía más, me parecía espantosa la idea de que, si en realidad conseguía ser abogado, iba a pasarme toda la vida en los tribunales con un maletín de cuero debajo del brazo. Probablemente, mi padre murió con la impresión de que yo iba a ser un fracasado, porque no me recibí de abogado. Pero, de todos modos, mi familia siempre pensó que yo iba a ser escritor y me impulsó mucho para que lo fuera. Querían un abogado escritor, para conciliar ambos deseos.

—*¿En qué momento decidió ser escritor?*

—Cuando estaba estudiando en París, a los catorce años, allí me di cuenta de que la literatura podía ser un medio de vida. Yo estaba pupilo en un colegio, se me ocurrió escribir en francés un poema, por supuesto, en broma, porque en castigo a nuestra falta de disciplina no nos dejaban salir. El poema iba dirigido al que cuidaba la penitencia, que era el jefe de celadores, un húngaro de mal carácter, y en él le pedía que nos indultara, que no tenía sentido en un día tan lindo estar encerrados. Se lo entregué y volví a sentarme para escribir mi penitencia. Vi cómo el hombre sonreía leyendo mi poema. Y cuando, finalmente, nos dejó salir gracias a esas estrofas mías, me di cuenta entonces de que la literatura tenía una finalidad práctica, que se podía vivir de la literatura y, gracias a ella, uno podía salvarse de las penitencias, salir adelante, ser otra cosa en la vida. Y, por consecuencia, me apliqué a la literatura que ya sería, además de mi vocación, mi profesión.

—*¿Cuánto tiempo vivió en Europa y por qué regresó a la Argentina?*

—Viví en Francia desde los trece hasta cerca de los diecisiete años. En casa hablaban muy bien francés y, además, yo tenía una gran facilidad para los idiomas. Por eso, cuando fui a Francia a estudiar, a los quince días hablaba francés perfectamente y tanto es así que también aprendí a escribir en esta lengua muy pronto. Al año de estar en el colegio, obtuve el primer premio de mi curso por un trabajo sobre Voltaire como historiador. Recuerdo la furia del viejito francés cuando tuvo que informar a los otros alumnos de que un argentino había ganado el premio. Así que al poco tiempo sabía escribir el francés mejor que el castellano. Cuando iba a cumplir diecisiete años, mi padre nos reunió a mi hermano, dos años menor que yo, y a mí para pedirnos que decidiéramos sobre nuestro futuro: ya habíamos estudiado y vivido en París, podíamos quedarnos allí para siempre o regresar a la Argentina. Yo, el mayor, le dije que era mejor que-

darnos en París, que quería ser escritor y que para eso era fundamental vivir en el ambiente cultural y artístico de Francia. Pero mi hermano quiso regresar. Tanto insistió que volvimos a la Argentina. Lo gracioso del caso es que mi hermano hace veintiséis años que vive en los Estados Unidos; antes residió en el Japón y en otras partes. En fin, yo he vivido siempre acá, pero el que me trajo fue él.

–¿Usted ha podido vivir de lo que escribe?

–Bueno, no y sí (no hay que decir *bueno*). En realidad, sí, porque mis treinta y cinco años de periodismo fueron años de vivir de lo que escribía. Además, los libros, herencias, dinero de mi mujer. Pero durante una larga parte de mi vida, viví exclusivamente de escribir. Y ahora mismo, con mis últimos libros, gano muchísimo dinero. Estoy asombrado.

–*Sobre todo con su novela Sergio y en este momento con Los cisnes, que es el bestseller del año.*

–Cuando regresé de Europa, hace poco, de acuerdo con lo que había arreglado con la editorial antes de irme hace cuatro meses, debía presentar mi nuevo libro, *Los cisnes*. Recibí una muy buena sorpresa, porque la edición ya estaba vendida. Así que está en marcha otra edición.

–*Usted tienen un público lector que lo sigue desde hace muchos años, ¿escribe para ellos?*

–Si alguien se atreviese a hojear mis veinte libros, se daría cuenta de que son totalmente distintos unos de otros. Empecé, digamos, haciendo biografías; esos libros se leían con interés, los dejé. Después, continué con los cuentos y las novelas de Buenos Aires, ese ciclo de *La casa*; eran libros que a la gente le encantaban, pero seguí con otra cosa. Entonces, escribí *Bombarzo*, que es un libro del Renacimiento y no tiene nada que ver con los demás; después, vino *El unicornio*, un libro de la Edad Media que escribí con mucho trabajo y mientras lo hacía comprendí que no lo podía asociar con este país ni con la gente de este país y que se iba a caer, como se cayó, y que ahora me lo piden los españoles para publicar allá, porque es una de mis obras que ellos más sienten. Luego incursioné en otros temas, hice libros de historias en broma y ahora he vuelto al tipo de obra que se podría ubicar dentro de la serie de Buenos Aires.